

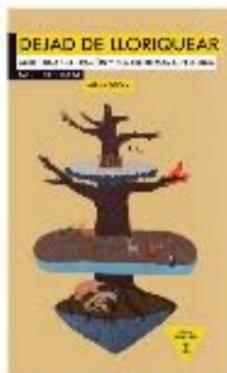
#INSTABOOKS

POR SONA NAKHSHON
FOTOGRAFÍA DE CHUS SÁNCHEZ

Herederos de Bukowski, Foster Wallace, la Generación Beat, el amor a lo *vintage* y a los vinilos, pero también de los *smartphones*, *twitter* y las fotos mal hechas en *Instagram* de desayunos continentales, no llega con decir que los jóvenes escritores son *hipsters* sensibilizados con un *je ne sais pas quoi* de angustia existencial. Ni son Ken's Follett con tomos de *bestsellers* y, para qué negarlo, cheques millonarios a sus espaldas, ni Kristen Stewart protagonizará una película basada en sus libros, al menos por ahora. Surgen paralelamente a estos gigantes del negocio y se van haciendo eco de una generación que vive al amparo de la inmediatez, las relaciones virtuales y un mundo bastante loco. Ellos, los de los 80 y 90, van pisando fuerte, de ello no hay duda.

El padre de los padres de este nuevo minimalismo - algo así como un equivalente de esto en *#instapic* es la taza de café tomada desde un ángulo cenital o el jarrón de Ikea con UNA flor sobre pared blanca - es el americano con nombre de templo budista Tao Lin. Y aunque este joven no posea una retórica fascinante, hay que reconocerle que sabe crear asco en el buen sentido de la palabra. El insoportable tedio de la rutina y la pasividad es lo que probablemente mejor defina a sus personajes, que llegan a inducir violencia en el lector. Hablando en plata, dan ganas de darles un par de reveses la mayor parte del tiempo, pero vale la pena seguir leyendo tan sólo por los momentos de lucidez y reflexión que encierran.

Con títulos tan desconcertantes como *Eeeee Ee Eeee* (y sí, costó no escribir e's de más) o *Cómo robar en American Apparel* y sus periódicas publicaciones en VICE se ha sabido ganar no sólo al público americano sino a medio mundo. Además, con Muumuu House, la editorial que ha fundado, se ha convertido en mecenas de esas almas atormentadas y adictas a las tecnologías, como lo son sus personajes. Pueden presumir de ser coleguitas suyos Marie Calloway - que viene siendo una versión ruda e indie de *50 Sombras de Grey* con un tal Adrien Brody - o su mujer Megan Boyle, a la cual lo de la lista de la compra se le queda corto y ya pasa directamente a hacer listados tipo: todos con los que tuve sexo, mentiras que dije a lo largo de la vida o cosas que me hacen sentir bien/mal. Como diría mi profesor de literatura: "un ejercicio interesante".



LUNA MIGUEL

Entre cafés y rascacielos de media mañana, los entornos urbanos también cobran protagonismo con ciertas reminiscencias a una especie de "cine de autor" literario. Ejemplos son el Manhattan de *Open City* de Teju Cole y si nos vamos más cerca, el Madrid de *Saliendo de la estación de Atocha* de Ben Lerner, una visión de nuestra capital desde los ojos de un americano.

Si lo que te gusta es la poesía, entre cigarrillos y todo tipo de fluidos corporales nos encontramos con Luna Miguel. Esta niña prodigio de las letras, ha conseguido romper la barrera de la autopromoción y crear un círculo alrededor de su comunidad bloguera con antologías que ella misma edita (*Tenían veinte años y estaban locos*). Todos ellos, empezando por su pareja Antonio J. Rodríguez y pasando por otras autoras como Berta García Faet, Sara R. Gallardo o Emily Roberts, tienen su propio espacio en la red, donde sucede esa ilusión de cercanía, esa identificación y ¿ruptura? de la intimidad: el nuevo posmodernismo.

La otra cara de la moneda la encontramos en la alemana Meredith Haaf, que sin ir más lejos define a los *hipsters* como "fidedignos hijos de Satán". Sea esto exagerado o no, su ensayo *Dejad de lloriquear*, lidia con la generación de los 80 en tonos no demasiado amables, pero sin dejar de resultar una autocrítica al menos interesante.

A veces el problema no es que no nos guste leer o que seamos unos incultos por no ser capaces de encontrar el universalismo en *Madame Bovary*. La literatura, o mejor dicho, la buena literatura, tarda más tiempo en renovarse y también darse a conocer en un mundo en donde prima lo audiovisual sobre todas las cosas. Hacen falta libros que sepan dialogar con nosotros, nuestra generación y nuestras virtudes y problemas, por muy banales que estos sean. Y son precisamente estos jóvenes, la tal llamada Generación Perdida por la que nadie quiere dar un duro, la apuesta del futuro. Como en todo, renovarse o morir.